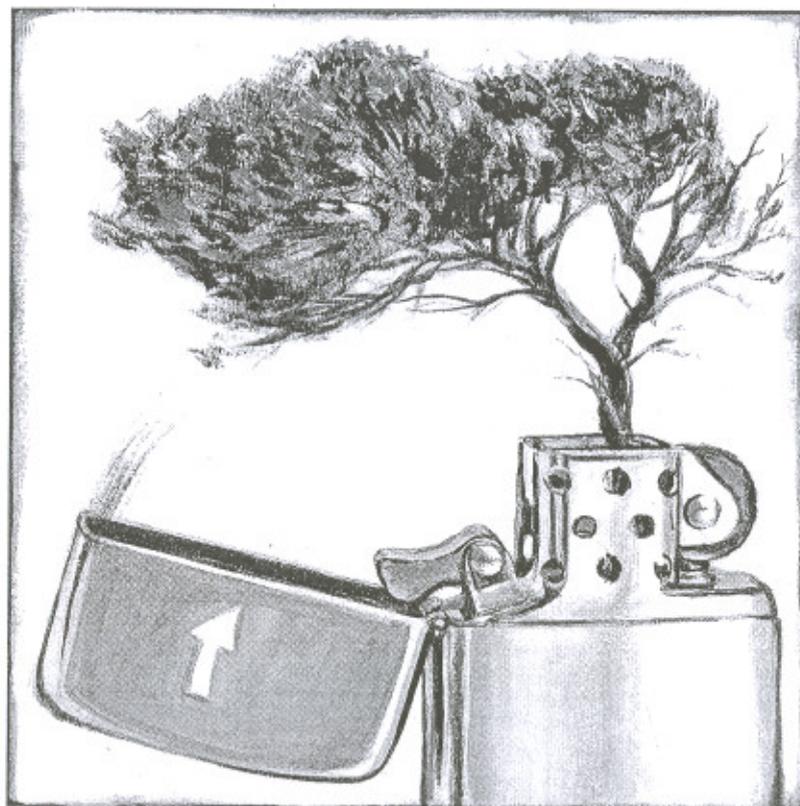


Políticas forestales para evitar los 'días negros'

ARTEMI CERDÀ CATEDRÁTICO DE GEOGRAFÍA DE LA UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Escribo desde la habitación un pequeño motel del pueblo de Bright, al norte de Melbourne en el estado de Victoria. A pesar del ambiente apacible de esta ciudad de la montaña alpina australiana y de la espléndida avenida con cedros del Himalaya que conducí hasta este tranquilo rincón, hay una profunda preocupación en mí. Me encuentro aquí con un grupo de especialistas en los efectos de los incendios forestales sobre los suelos, las aguas y la vegetación. Los participantes han llegado desde distintos países y nuestro objetivo es conocer la recuperación (o no) de las zonas incendiadas. Pero no voy a hablar de este tema en el que llevo trabajando veinte años desde la Universitat de València, sino del que me turba desde que visité las zonas incendiadas ayer y hoy, los primeros viernes y sábados de julio. Permítanme que dejemos los aspectos ecológicos para una mejor ocasión. Creo más importante hacer ahora un llamamiento al riesgo de incendios forestales que corremos en aquellos territorios que hemos abandonado el medio rural, y en los que las condiciones climáticas no dan tregua en verano.

El pasado 7 de febrero ardieron 300.000 ha de bosques en Australia y murieron 173 personas. Ésta no es la única vez que se ha producido un desastre semejante. Este "sábado negro" tuvo antecedentes con incluso mayores superficies quemadas (2,7 millones de ha en 2003) que tienen un récord conocido de 7,6 millones de ha quemadas el 6 de febrero de 1851. Antes de la llegada de los europeos el tamaño de los incendios naturales en Australia fue incluso mayor, lo que se debía a la extensa masa forestal en la que no existían discontinuidades (vías de comunicación, carreteras, cultivos o ciudades). Estos desastres naturales fueron acompañados de fatalidades humanas que se contaron por decenas de fallecidos. La sociedad australiana recuerda esas fatídicas fechas con nombres como "jueves negro" con 10 muertos, "jueves rojo" con 260.000 ha quemadas, "miércoles de ceniza" con 76 muertos y más de 2000 casas destruidas, o el "viernes negro" por las 1,4 millones de ha carbonizadas, y más de un mi-



LUIS LONJEDO

llar de casas perdidas y 6 muertos. Los ejemplos son muchos. En Tasmania, el incendio forestal del 7 de febrero de 1967 se llevó 62 vidas humanas, 1400 casas y el fuego alcanzó el centro de la capital: Hobart.

CÓMO EL FUEGO CAMBIA LA FAZ DE LA TIERRA

Esta excursión científica organizada por la Universidad de Melbourne dentro del VII Congreso de la Asociación Internacional de Geomorfólogos no hablamos de los fallecidos, ni del drama social que supone. Nuestro objetivo es conocer cómo los incendios cambian la faz de la Tierra, los procesos erosivos, la calidad de las aguas y cómo ac-

túan los procesos de regeneración natural. Sin embargo, considero necesario hacer mención a la parte humana del problema. Desde las antipodas, puedo apreciar mejor -tal vez por la distancia- el riesgo que la sociedad española corre al permitir que durante ya 50 años las zonas rurales queden abandonadas, y con un crecimiento voraz de la cubierta vegetal que es cada vez más pirofítica al ser fruto de la revegetación de campos de cultivo abandonados, de repoblaciones de pino o de la recuperación de zonas incendiadas.

A la pregunta: ¿es posible que en España se sufra de un "viernes negro" como el australiano? La respuesta es sí. Cumplimos

con todos los requisitos para ello. Un territorio abandonado por la falta de viabilidad de la agricultura y la ganadería que ha hecho que la cubierta vegetal sea cada vez más abundante. Un clima con veranos cálidos y secos. Una población que visita cada vez más las zonas forestales que han sido tomadas como áreas de esparcimiento. Asentamiento rurales que, en ocasiones, tienen más de urbanos en los que se vive en las zonas limítrofes del bosque o bien dentro de él (urbanizaciones). Una población que desconoce los espacios rurales. Y tenemos ejemplos recientes: Galicia y Soria en el último quinquenio, los incendios de 1979 y 1994 en Valencia, junto a los de Portugal o los del verano de 2007 en Grecia donde el cómputo final de fallecidos estuvo cerca de los 70.

LA RECUPERACIÓN DE LA VIDA RURAL

Y, ¿qué podemos hacer?. Primero ser conscientes de esta realidad, a lo cual espero contribuir meditante esta reflexión. Y segundo, y si es posible, que la gestión forestal y la ordenación del territorio tengan en cuenta que los ecosistemas Mediterráneos son construidos mediante el fuego. Todos los esfuerzos serán inútiles si no conseguimos que parte de la población viva en y del medio rural.

La situación actual en la que prácticamente la única política forestal consiste en evitar cualquier incendio está llevando a la acumulación de una gran cantidad de biomasa que terminará por arder cuando las condiciones naturales impidan cualquier intento de sofocar las llamas. Y estas situaciones se producen todos los veranos. Cuando el viento sopla con más de 30 kilómetros/hora, la temperatura es de más de 30 °C y la humedad relativa es inferior al 30%, los incendios sólo los puede apagar la propia naturaleza. Si como durante el "sábado negro" del pasado febrero al norte de Melbourne los vientos son de 100 kilómetros/hora, la temperatura superior a 45 °C y la humedad del aire inferior al 7% las opciones son pocas.

Esperemos tener tiempo para corregir la situación actual y evitar catástrofes como la que hace ahora cinco meses asoló el estado de Victoria en Australia.